

Al penúltimo día de luna menguante

Al penúltimo día de luna menguante, en el camino carcomido y olvidado que tenuemente me habla en su breve luz, yo recorro la oscuridad de la noche. Mi camino está iluminado solo por los cantos de una conciencia optimista en su forma celestial y aterradora, en mis memorias imposibles. Pero el final del camino amenaza mi garganta con una daga más letal que ninguna otra, escondida en su veneno la esperanza de días mejores.

Es exhaustivo, la búsqueda de luz en los rincones, bajo cada pequeña piedra en la grava del camino. La penumbra nocturna se posa sobre mis ojos, y, conforme las horas pasan, los van cerrando. Mi alma, poco a poco, se inunda en un mar saturado de esquirlas de metal, resplandecientes y afiladas en mi estómago.

Esta niebla espesa y opaca esconde tras sus telas de negro a los dioses y ángeles que me maldicen. El sueño escondido entre las estrellas me derrumba. Porque mi piel carcomida y escondida por la ceniza que irrita mis ojos no me deja dormir, aún cuando la oscuridad de la noche derrota a la luz de la luna. Es entonces que mi alma reflejada a través de mis pupilas se vuelven faroles de brillo tenue que construyen y derrumban la realidad a partes iguales.

Salvador Durand Olivera
Cuarto de Secundaria